



Chispina



Rebecca Blanco, Alex Cerrillo y Nizam Turón, los tres de seis años, estaban sentados delante de un libro en la biblioteca. Aunque se encontraba llena de lectores y lectoras, todo estaba tranquilo.

Como dijo después la bibliotecaria, había un grado de concentración inusitado. Utilizó la palabra inusitado, que quiere decir poco frecuente, extraño, no habitual.

No se oía ni una voz. Y Rebeca, Alex y Nizam eran, preci-

samente, de los más concentrados.

De repente, los tres gritaron a la vez: «¡Fuego, fuego, fuego!».

La maestra encargada de la biblioteca se sobresaltó. Miró de manera instintiva a la pared en la que creía que había un apaga fuegos, esto es, un extintor. Pero en la pared sólo había un cartel en el que decía: «¡La poesía debe de ser fuego».

Corrió hasta donde se hallaban los tres niños y les preguntó alarmada: –¿Qué pasa? ¿Qué está ardiendo?

Los tres, sin casi levantar la vista de la lectura, señalaron el libro que los tenía absortos. Y respondieron casi cantando. Cada uno dijo una frase que a la seño le costó, al principio, trabajo entender.

–Bueno, sólo es una chispina, que se quiso escapar del fuego.

–Sí, era una hija de la Leña Encendida que quiso escaparse de las llamas adultas.

–Y de un «chispablinco» salió por el mundo. Y vivió increíbles aventuras.

La bibliotecaria se dio cuenta enseguida de que el único fuego que allí había era el fuego de la lectura. Y que en aquellos tres niños se había prendido de inmediato con una chispa, la del libro que leían entusiasmados y que se llamaba **Chispina**, la historia de una chispa inolvidable.

Texto y fotografía: Peter Pan